

Los cuadernos de la cordura

Guillermo Sucre

Pero ya no quiere dedicarse a la crítica, que ha abandonado totalmente en manos de su querida abuela Hécate.

H. Heine

Practicar la poética de la humildad: hay que dejarse humillar por cualquier "hijo de algo sin duda, con duda hidalgo".

El escritor histórico y el escritor irónico. El primero es también histórico y lo rodea siempre "sa petite histoire", conmovedora y frenética. El segundo vive como ajeno a la historia (el gran insensible, claro), pero quizá sea él quien la ilumina.

Para vivir y actuar, el hombre tiene que saber aliar en su corazón la tristeza y la esperanza, la alegría y el dolor. Esto lo dijo Hölderlin, justamente cuando estaba por escribir *La muerte de Empédocles* y concebía que lo efímero y cambiante de las ideas y de los sistemas humanos era casi más trágico que los destinos.

"Nondum amabam et amare amabam." Nos hemos olvidado tanto de San Agustín que, al parecer, hoy los que más odian se hacen pasar por los que más aman.

Ahora no se dilucida nada sino que todo se incrimina. Hay un descaro tal en el lenguaje que sólo es imaginable en mentes despiadadas o viles, o demasiado estúpidas. Con la palabra escandalosa, sin embargo, son muchos los que han ido adquiriendo notoriedad; aun se enriquecen y prosperan. También es posible decir que ya no hay verdaderos homenajes: la palabra del reconocimiento no puede ser la del rastro y pretencioso halago. Entre la insolencia y el servilismo, ¿dónde ha quedado en Venezuela el sitio para la palabra viril?

En uno de sus cuentos, Borges decía que el snobismo es la más sincera pasión argentina. ¿Cuál será la más sincera pasión venezolana? Después de la felonía, que, además hemos compartido con otros, especialmente con los colombianos, opto por el rastacuerismo. No en vano quiso Ángel Rosenblat minuciosamente probar que la palabra rastacero —que creíamos francesa (rastaquouère)— era una legítima invención del habla venezolana.

Los nuevos terroristas de la Prensa venezolana: pretenden hablar en nombre de la verdad y no hacen más que amenazar, intimidar y aun sobornar con ella. Capaces de matar pero nunca de morir por la verdad, como alguna vez dijo Camus de los stalinistas. "No puedo vivir fuera de la belleza; es lo que me hace débil ante ciertos seres", también anotaba en sus *Carnets* el joven, el irreductible, el valeroso autor de *L'étranger*.

Todo lo que han dicho del periodismo grandes espíritus como Baudelaire, Dostoievski, Camus, Buñuel, es perfectamente aplicable a la casi totalidad de la Prensa nacional.

Me limitaré a lo que expresaba uno de ellos: "Una sociedad que soporta ser entretenida por una prensa deshonrosa y por un millar de bufones cínicos, corre a la esclavitud pese a la protesta de aquellos mismos que la degradan".

Pero esta idea de Albert Camus no tiene verdadero sentido si no recordáramos lo que él mismo dijo cuando era uno de los directores del memorable *Combat* de la resistencia y la postguerra:

"¿Qué queríamos nosotros? Una prensa clara y viril, con un lenguaje respetable. Durante años, un artículo podía costar a sus autores la prisión o la muerte, y ellos lo sabían. Es evidente que para esos hombres las palabras tenían un valor y que debían reflexionar sobre ellas. Esta responsabilidad del periodista ante su público era lo que querían restaurar".

No es que el "stalinismo cultural" aún persista en Venezuela; es ahora cuando está en pleno florecimiento —sufragado con dineros del Estado. Estos grandes hombres que nos ha deparado nuestra cultura vernácula, gracias a la mala conciencia de la democracia, no pierden ocasión de magnificarse y patrocinar sus intachables biografías y sus obras gloriosas. Ya nuestra historia misma se escribe a imagen y semejanza de la de ellos. "En tu país —me decía un Editor español— parece que no hay sino escritores próceres." Me lo decía en Madrid y discurría el año 1981, cuando él acaba de conocer sólo a dos de esta estirpe conspicua. ¿Cómo iba a discutirle?

Hacen ver que son fuertes, sabios, incorruptibles. No les creamos mucho. Nunca han tenido que luchar o sacrificarse por nada, mucho menos por la verdad. Héroe de mentirijillas: un buen soplo —¿de dónde vendrá?— los borraría a todos, con sólo ser de aire puro.

Tal vez había leído bien a Montaigne y lo repetía como algo suyo y propio. Tolstoi, en uno de sus *Diarios*, hace esta observación tan candente como las de Montaigne: "Mientras más malvados son los hombres, más seguras y rigurosas son sus exigencias del bien. No les queda sino reclamar el bien. Éste les es necesario para encubrir el mal que hay en ellos. El egoísta tiene necesidad de abnegación, el orgulloso de humildad".

"Todos somos desgraciados. Nuestra patria nos preparó el terreno para las cóleras y las disputas. Me esforzaré por olvidar todo este lodazal, para llegar a ser un hombre y no una máquina de incubar odios." ¿Por qué nos sobrecogen estas palabras del noble, del espléndido y, finalmente, desdichado Alejandro Blok, el poeta por excelencia del simbolismo

ruso, y también de la Revolución —en la cual enloqueció? Entre otras razones, porque, además de un espíritu piadoso y viril, nos revelan la fuerza de un carácter y de un destino.

Lo que antes había dicho Emerson: "La obediencia de un hombre a su carácter, es la fe por excelencia." Lo que dirá después Thomas Mann: "Sólo la indiferencia puede ser libre. Todo lo que tiene carácter no es libre, está marcado por su propio sello, condicionado, fijado".

Cuando un escritor encuentra su tono es cuando empezamos a sentir que tiene algo que decir, y que lo dice desde una pasión. Lo demás forma parte de ese conmovedor reino de las buenas intenciones y de las ideas profundas. "El infierno y los malos libros están empedrados de buenas intenciones", recordaba Flaubert. Lo mismo ocurre con la crítica literaria. Por más sabia o erudita, informada o científica que ésta quiera ser, apenas cuenta como crítica si no ha encontrado su tono y no nos habla desde una pasión. En literatura no se encuentra el tono por empeño o destreza, sino por pasión. Y aunque haya muchas formas de pasión, aunque podamos referirnos a ella desde los más diversos puntos de vista, siempre habrá una instancia que la define: lo que llamamos destino. Aunque pueda creerse lo contrario, ambos rasgos son todavía más decisivos en la crítica literaria. Era quizá lo que intentaba sugerir Hermann Hesse cuando decía que "seguramente menos frecuente que el escritor nato es el crítico nato".

La apreciación de Hesse es todavía más sorprendente cuando leemos de seguidas su descripción del *crítico nato*: "aquel que no toma su primer impulso para el trabajo crítico del estudio y de la erudición, de la aplicación y del esfuerzo, del espíritu de partido o de la vanidad o maldad, sino de un estado de gracia, de una responsabilidad sería".

Releyendo el *Quijote* vuelvo a aprender de su sabiduría primordial. Me doy cuenta de que Cervantes no es "inocente", y tampoco quiere presumir de tal. No desconoce ni el mal ni la crueldad, pero no los acusa destempladamente. Si don Quijote es un ser puro, sabe también encolerizarse o reaccionar con desmesura; tampoco deja de cometer sus propias injusticias, aun con Sancho. Pero en su relación con los "malignos", no hace más que burlarse de ellos casi dándoles gusto. Como ha dicho alguien, aquel que permite que te burles de él es porque te conoce bien. Don Quijote no desperdicia su tiempo (tiene tareas más heroicas que cumplir) en acusar a nadie o desenmascararlo, mucho menos en sentirse víctima de los otros. También los otros tienen derecho a existir, y todo lo que existe es para él casi sagrado. De otro modo sería el héroe del patetismo y no de la lucidez irónica. El mundo es real, quien es irreal es él —como termina por reconocer. ¿Hay, acaso, una sabiduría mayor? ¿O es sólo una benevolencia, una bondad? Pero don Quijote es un caballero, no un santo, mucho menos un predicador (como a veces, con malicia, le dice Sancho). Si es de verdad pura, la pureza no puede vanagloriarse de sí misma o convertirse en un absoluto. Sólo puede morir —y nunca matar, claro— por ella.

Al leer la literatura disidente que se escribió en los países hasta ayer comunistas, sentimos inmediatamente lo que es de verdad una *intelligentsia*. Reconocemos en ella la conciencia herida, la pasión de las ideas y, en medio de la rabia o el

desamparo, la serena dignidad de la palabra —que nunca se rebajó al odio, al retorcimiento o al desplante. No sólo se jugó la vida contra un poder omnívoto y una sociedad totalitaria; también supo dar claridad a la desolación espiritual de su tiempo, encarnar un destino. "Había llegado a la conclusión, aunque parezca excesivamente dramático formularlo de esta manera, de que es preferible perder la vida antes que vivir sin honor". Esto no lo dice, ni lo puede decir, uno de esos falsos Quijotes que la vanidad criolla nuestra ha llegado a exhibir. Lo dice nadie menos que Václav Havel. ¿Habría que hacer su biografía, resumir su obra, evocar sus años de acoso, persecución y cárcel, imaginar su íntima desesperación, para saber que si estamos ante un ser quijotesco, ante un heredero legítimo de Cervantes?

¿Hay una *intelligentsia* en Venezuela? ¿Lo serán nuestros llamados "Notables", el patricio "Frente Patriótico", los astutos políticos que aún juegan al mesianismo valiéndose de militares torpes o ingenuos y casi nunca valerosos? ¿Lo será la gacetería de nuestra gran Prensa, tan pródiga en bilis y avisos, no en ideas?

Entonces, a la pomposidad, a la megalomanía, al oportunismo, al resentimiento y al chantaje; a los seres que han vivido sin probar la hora ineludible o nunca han sentido lo que hay de desgarrador, íntimo e íngromo en toda moral; a todo eso reunido bajo el signo de la más deplorable retórica, cuando no del charloteo, a eso ¿es a lo que vamos a llamar la *intelligentsia* venezolana?

Bien pobre país seríamos, si así fuera. Pero me temo que lo seamos. Nos tocaron los intelectuales y los gobiernos que hemos merecido, y que nosotros mismos hemos hecho posibles. La generosidad no puede confundirse con la complacencia, y sólo hemos sido complacientes.

A nuestros intelectuales, al menos, se les ha dado o concedido todo: homenajes, honores, privilegios, prebendas, sinecuras, dádivas, feudos, academias, ediciones; hasta se les ha permitido enriquecerse o heredar riquezas mal habidas. Venezuela es de los países en el mundo que cuentan con más intelectuales enriquecidos —y no por sus obras o "por sus manos"—, o que proliferan, regocijados, a la sombra de la burocracia oficial o privada, o de la chabacanería publicitaria de la tv.

¿Qué han hecho con todo esto que el país les dio o les concedió? ¿Qué han creado? Al parecer, nada o muy poco que sea memorable, o que revele de algún modo cierta grandeza de alma, la vocación de un carácter, el sentimiento de un destino.

Peor aún, lo poco que han hecho o hacen lo aprovechan para la gran inflazón, el autobombo circense, o para ejercer —continúa y sigilosamente— su arma preferida: el soborno. Prefieren ser exaltados por una crítica exquisita y mercenaria antes que enfrentarse cada cual a su verdad. No les interesa cumplir con una posición auténtica —menos si ésta es modesta— en la vida.

"No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo": esta sencilla admonición de Picón-Salas, en 1947, les resulta impracticable. ¿Cómo practicarla, en verdad? Nuestro hábito más notable es el de la hipérbolo. Tenemos una pavorosa galería de seres irreales: éste es nuestro Goethe, aquél nuestro Schiller, y más allá verán, siempre efébo, a

nuestro inconfundible Heidegger; aun contamos con un Malraux y un Charles Péguy que mejoran a los originales.

Lo único indiscutible en la Venezuela de hoy es que somos el país con más valores intelectuales universalmente desconocidos con que cuenta el mundo entero, y la terrible obsesión de que algún día sean descubiertos. De esta obsesión puede derivarse todo, menos la entereza. Hoy, muchos de estos valores intelectuales no son más comadronas de la conspiración militar.

Vuelvo al comienzo. A este publicanismo regocijado, a

esta avidez de figuración y de poder, ¿es a lo que estaremos condenados los venezolanos a llamar *intelliguentsia*?

Si así fuera, el fraude intelectual —tanto o más grave que el político— estaría como legitimado para siempre en Venezuela. Sería, en verdad, el mayor fraude en nuestra historia. Después de haber tenido a Bolívar, Bello, Simón Rodríguez, Gallegos, Teresa de la Parra, Ramos Sucre o Picón-Salas, sería hasta el fraude venezolano por excelencia. □

Los Caobos, enero de 1993

